

Los dones del Espíritu Santo (4)

El espíritu de Sabiduría (1)

El don de sabiduría es el encargado de llevar a la perfección la virtud de la caridad. Y siendo la Caridad la más excelente de todas las virtudes, se comprende que el don de sabiduría será el más excelente de los dones. Con él llegamos a la cima del pensamiento cristiano y de la vida espiritual.

Es el don que eleva el corazón hacia las cosas de arriba, purificando los afectos, haciendo conocer de una manera sublime los secretos divinos y dando a gustar el sabor de lo celestial.

San Francisco de Asís lo poseyó con tal plenitud que ocultaba sus maravillosos efectos, temeroso de que se los robaran al salir a la luz pública. “Mi secreto para mí” (Leg 13,4), decía. Por eso, yendo de camino, se retrasaba a los demás para gustar no entorpecer la acción divina en su alma; daba vuelo a sus sentimientos, y, en ocasiones, tan embebido andaba en su Señor que no advertía lo que pasaba a su alrededor. Así le sucedió al descender de La Verna y pasar por Borgo Santo Sepolcro. “¡Mirad al Santo, este es el Santo!”, clamaba la gente al verle. “Y por la devoción y el deseo que tenían de tocarle, todos se aglomeraban sobre él; pero como iba con la mente absorta en Dios y arrobado en contemplación, aunque le tocasen, detuviesen o empujasen, como hombre insensible, nada percibía de cuanto hacían y decían en derredor; ni siquiera se dio cuenta de que pasaba por aquel pueblo y país” (Llagas,4). Verdaderamente Francisco vivía en Dios y para Dios.

El don de los dones es el mismo Espíritu Santo, que obra en nosotros toda santidad. De ahí el deseo sanfranciscano de declararle verdadero Ministro General de la Orden. De Él depende que nuestro modo humano de obrar se convierta en sobrehumano; que sea sobrenatural en cuanto a la substancia y en cuanto a la manera de actuar; que el ejercicio de las virtudes sea completado y coronado con el de los dones; que la actividad de orden sobrenatural sea substituida por la pasividad, en tal forma que sea Dios quien obra cooperando nosotros, en vez de ser nosotros quienes cooperamos con Dios. Así llega el alma a escalar las cumbres elevadas de la mística.

La sabiduría en la Escritura

Todas las formas de civilización y de cultura poseen su tipo de sabiduría. Cada forma de sabiduría constituye una visión del universo.

La sabiduría cristiana es deiforme. A través de miles de páginas de la Biblia brilla el primado de Dios. La Biblia es el libro de la luz de Dios. Si quisiéramos reunir el testimonio de esta sabiduría participada a los hombres sería necesario citar la Biblia entera. La palabra Dios es la más repetida y ocupa un lugar único en el pensamiento de los autores inspirados.

El dominio soberano de Dios aparece desde la primera frase: “Al principio Dios creó el cielo y la tierra.” (Gen, 1,1).

Todo se refiere a la intervención personal de Dios. El mismo tono se mantiene hasta el Apocalipsis manifestando el lugar excepcional de Dios en la creación y el gobierno del mundo. Los anales de Israel son un canto a los hechos y gestas de Dios. Dios aparece como en filigrana en cada página. Esta presencia de Dios aparece especialmente en los diversos cánticos. Por ejemplo el Cántico de Moisés:

“Mi fortaleza y mi canción es Yahvé El es mi salvación. El, mi Dios, yo le glorifico, el Dios de mi padre, a quien exalto”. (Ex 15,2)

El mismo tema aparece en el Deuteronomio: *“Ved ahora que yo, sólo yo soy, y que no hay otro Dios junto a mí. Yo doy la muerte y doy la vida, hiero yo, y sano yo mismo (y no hay quien libre de mi mano). Sí, yo alzo al cielo mi mano”. (Dt 32,39-40)*

Nada iguala la ironía que se encuentra en el discurso de Dios a Job: *“¿Dónde estabas tú cuando fundaba yo la tierra? Indícalo, si sabes la verdad. ¿Quién fijó sus medidas? ¿lo sabrías? ¿quién tiró el cordel sobre ella? ¿Sobre qué se afirmaron sus bases? ¿quién asentó su piedra angular, entre el clamor a coro de las estrellas del alba y las aclamaciones de todos los Hijos de Dios? ¿Quién encerró el mar con doble puerta, cuando del seno materno salía borbotando; cuando le puse una nube por vestido y del nubarrón hice sus pañales; cuando le tracé sus linderos y coloqué puertas y cerrojos? «¡Llegarás hasta aquí, no más allá - le dije -, aquí se romperá el orgullo de tus olas!» (Jb 38,4-11)*

Los libros sapienciales marcan la cima de la revelación: *“Dichoso el hombre que ha encontrado la sabiduría y el hombre que alcanza la prudencia; más vale su ganancia que la ganancia de*

plata, su renta es mayor que la del oro. Más preciosa es que las perlas, nada de lo que amas se le iguala. Largos días a su derecha, y a su izquierda riqueza y gloria. Sus caminos son caminos de dulzura y todas sus sendas de bienestar... Con la Sabiduría fundó Yahvé la tierra, consolidó los cielos con inteligencia; con su ciencia se abrieron los océanos y las nubes destilan el rocío”.(Prov 3,13-17.19-20)

-En Job tenemos el himno a la sabiduría omnipotente (36,22-37, 1,24); el elogio a la sabiduría (28), y el himno al poder divino (25)

-El prólogo del libro de los Proverbios

- Los nueve primeros capítulos del Libro de la Sabiduría que culmina con una oración admirable para pedir la sabiduría: *“Dios de los Padres, Señor de la misericordia, que hiciste el universo con tu palabra, y con tu Sabiduría formaste al hombre para que dominase sobre los seres por ti creados, administrase el mundo con santidad y justicia y juzgase con rectitud de espíritu, dame la Sabiduría, que se sienta junto a tu trono, y no me excluyas del número de tus hijos”*

Pero la sabiduría increada ha venido a habitar entre los hombres. El paso del Verbo trayéndonos la Presencia personal de la Sabiduría divina, ha iluminado para siempre nuestra historia. En todos los Evangelios resplandece la sabiduría de Dios pero es una sabiduría crucificada: *“Pues la predicación de la cruz es una necedad para los que se pierden; mas para los que se salvan - para nosotros - es fuerza de Dios.*

“Porque dice la Escritura: Destruiré la sabiduría de los sabios, e inutilizaré la inteligencia de los inteligentes. ¿Dónde está el sabio? ¿Dónde el docto? = ¿Dónde el sofista de este mundo? ¿Acaso no entonteció Dios la sabiduría del mundo? De hecho, como el mundo mediante su propia sabiduría no conoció a Dios en su divina sabiduría, quiso Dios salvar a los creyentes mediante la necedad de la predicación. Así, mientras los judíos piden señales y los griegos buscan sabiduría, nosotros predicamos a un Cristo crucificado: escándalo para los judíos, necedad para los gentiles; mas para los llamados, lo mismo judíos que griegos, un Cristo, fuerza de Dios y sabiduría de Dios. Porque la necedad divina es más sabia que la sabiduría de los hombres, y la debilidad divina, más fuerte que la fuerza de los hombres”.

“Sin embargo, hablamos de sabiduría entre los perfectos, pero no de sabiduría de este mundo ni de los príncipes de este mundo, abocados a la ruina; sino que hablamos de una sabiduría de Dios, misteriosa, escondida, destinada por Dios desde antes de los siglos para gloria nuestra, desconocida de todos los príncipes de este mundo - pues de haberla conocido no hubieran crucificado al Señor de la Gloria -.

Más bien, como dice la Escritura, anunciamos: lo que ni el ojo vio, ni el oído oyó, ni al corazón del hombre llegó, lo que Dios preparó para los que le aman. Porque a nosotros nos lo reveló Dios por medio del Espíritu; y el Espíritu todo lo sondea, hasta las profundidades de Dios”. (1Cor 1,18-25.2,6-10).

La sabiduría en Jesús

El episodio en el que se derrama por primera vez sobre la humanidad el don de sabiduría que Jesús tenía en plenitud lo encontramos en el discurso inaugural en la sinagoga de Nazaret: *“Vino a Nazaret, donde se había criado y, según su costumbre, entró en la sinagoga el día de sábado, y se levantó para hacer la lectura. Le entregaron el volumen del profeta Isaías y desenrollando el volumen, halló el pasaje donde estaba escrito: El Espíritu del Señor sobre mí, porque me ha ungido para anunciar a los pobres la Buena Nueva, me ha enviado a proclamar la liberación a los cautivos y la vista a los ciegos, para dar la libertad a los oprimidos y proclamar un año de gracia del Señor. Enrollando el volumen lo devolvió al ministro, y se sentó. En la sinagoga todos los ojos estaban fijos en él. Comenzó, pues, a decirles: «Esta Escritura, que acabáis de oír, se ha cumplido hoy.»Y todos daban testimonio de él y estaban admirados de las palabras llenas de gracia que salían de su boca. Y decían: «¿No es éste el hijo de José?»(Lc 4,16-22). Se puede leer este pasaje en correlación con el texto de Mateo 13,54-56: “Viniendo a su patria, les enseñaba en su sinagoga, de tal manera que decían maravillados: «¿De dónde le viene a éste esa sabiduría y esos milagros?¿No es éste el hijo del carpintero? ¿No se llama su madre María, y sus hermanos Santiago, José, Simón y Judas? Y sus hermanas, ¿no están todas entre nosotros? Entonces, ¿de dónde le viene todo esto?»*

Este texto tiene las características de un discurso programático. Es el lugar donde se había criado, aludiendo indirectamente a María y a José. Gracias a su mediación el niño recibió los tesoros de la sabiduría de Israel como nosotros hemos recibido la sabiduría de la Iglesia de otros. Jesús aprendió a recitar los salmos, a leer y escuchar los libros sapienciales. La sinagoga era el edificio material en el que se transmitía la sabiduría de Israel a través de la lectura del Pentateuco y los Profetas.

Es un sábado, tiempo sagrado de descanso y de Dios en el que los hebreos piadosos reflexionaban las maravillas de Dios.

La ocasión es la lectura sinagoga, la explicación del texto. Jesús describe la vocación del profeta como lleno el Espíritu del Señor. Pero Jesús hace una afirmación muy concreta: esta Escritura se ha cumplido hoy, es una interpretación que pone de manifiesto el misterio del Reino, una proclamación de la misión de Jesús. Por eso la gente queda desconcertada y manifiesta al mismo tiempo su rechazo y lo quieren despenar. Aparece claro el pecado contra el Espíritu Santo, la resistencia a su acción.

La sabiduría de Jesús se manifiesta como conocimiento experimental del misterio del Reino.

Jesús conoce por connaturalidad el misterio del Reino, sus tiempos, sus modos hasta poder afirmar: ¡Aquí está! Conoce la voluntad salvífica de Dios hasta el punto de poder decir: Yo soy. Él está en el centro de la salvación como lo expresa la carta a los Efesios:

“Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos ha bendecido con toda clase de bendiciones espirituales, en los cielos, en Cristo; por cuanto nos ha elegido en él antes de la fundación del mundo, para ser santos e inmaculados en su presencia, en el amor; eligiéndonos de antemano para ser sus hijos adoptivos por medio de Jesucristo, según el beneplácito de su voluntad, para alabanza de la gloria de su gracia con la que nos agració en el Amado. En él tenemos por medio de su sangre la redención, el perdón de los delitos, según la riqueza de su gracia que ha prodigado sobre nosotros en toda sabiduría e inteligencia, dándonos a conocer el Misterio de su voluntad según el benévolo designio que en él se propuso de antemano, para realizarlo en la plenitud de los tiempos: hacer que todo tenga a Cristo por Cabeza, lo que está en los cielos y lo que está en la tierra”. (Ef1,3-10)

El Padre está en el origen de la salvación y el Hijo está junto al Padre; en Él todo queda recapitulado, es el centro del misterio de la salvación. Está en el origen del misterio del Reino en cuanto es el Verbo y está en el centro en cuanto es el Mesías.

Esta sabiduría se manifestará en su vida terrena siempre que tenga que explicar el misterio del reino lo hará no como alguien que lo ha aprendido sino como alguien que lo conoce desde dentro, con naturalidad con imágenes y comparaciones de una frescura impensada pues habla del Reino que es Él mismo.

Lo vemos en la prontitud de las respuestas en el episodio de la curación del paralítico (Lc 5,17-20); en las controversias sobre el sábado (Lc 14,1-6; Mt 12,9-14; Mc 3,1-6); en la pregunta acerca del tributo debido al cesar (Lc 20,20-26); o las disputas sobre la resurrección (Mt 22,23-33).

Jesús es la misma encarnación de la Sabiduría divina de la que participamos en la medida en que abiertos a la acción del Espíritu donado por Él, Él mismo habita en nuestro corazón.

Alejandro Ferreirós